

## De ayatolas y elecciones

Carlos LARRINAGA  
Historiador

El mero hecho de celebrarse comicios en una nación, como los del pasado 26 de febrero en Irán, no significa que estemos ante un sistema democrático. Porque para que podamos hablar de una auténtica democracia no basta con convocar a los ciudadanos a votar periódicamente. Son necesarios otros elementos como, por ejemplo, el reconocimiento pleno de derechos y libertades, la existencia legal de partidos o la vigencia de un auténtico equilibrio de poderes. Además, claro, de unas elecciones completamente libres. Pues bien, en el Irán actual se dan pocas de estas características mencionadas. Definida como una República Islámica, estaríamos hablando de un régimen teocrático, donde la religión lo impregna todo y en el que el influjo de los ayatolas es abrumador. Régimen implantado tras la revolución de 1979 y la caída del último shá. Ya que con Jomeini en el poder, el antiguo reino persa sentó las bases de un nuevo modelo político que perdura hasta ahora. Así, en las pasadas votaciones se han escogido un nuevo Parlamento (Asamblea Consultiva Islámica) y una nueva Asamblea de Expertos. El primero, conformado por 290 puestos, es la cámara en la que reside el poder legislativo. El segundo es un órgano elegido cada ocho años y está formado por 88 clérigos, cuya función principal es designar al Líder Supremo. Y aquí radica su relevancia, porque este último es la máxima autoridad religiosa y política del Estado y sus decisiones son inapelables.

El problema radica, sin embargo, en el enorme peso que sigue teniendo el Consejo de Guardianes, una institución que, entre otras cosas, supervisa todas las leyes. Asimismo, ante la ausencia de partidos políticos, quien quiera presentarse a diputado, sea hombre o mujer, es sometido al criterio de este organismo, que se encarga de permitir o rechazar su candidatura. De carácter conservador, tradicionalmente ha constituido un obstáculo para los partidarios de posturas más avanzadas. En este sentido, recordemos que, sin formaciones políticas, los aspirantes se adscriben a movimientos o corrientes, sobresaliendo, primero, los “principalistas”, partidarios de mantener las esencias del régimen; segundo, los reformistas, que buscan ciertos cambios a partir de lo existente; y, finalmente, los moderados, más tibios que estos últimos y en una posición intermedia. La descalificación de muchos candidatos reformistas por parte del Consejo de Guardianes ha provocado que en diferentes papeletas hayan concurrido reformistas y moderados con el objeto de frenar a los conservadores. Y, en verdad, esta estrategia ha tenido éxito, habida cuenta de que la lista en común “Omid” (Esperanza) ha copado los treinta escaños del Parlamento en juego en el distrito de Teherán. Sus resultados, en general, han sido buenos en ambas Asambleas, aun no contando con una mayoría decisiva, por lo que tendrán que emplearse a fondo.

Sin ser una democracia, conviene insistir, no obstante, en la relevancia de unas elecciones que han atraído el foco de atención de todo el mundo. No en vano muchos analistas han querido ver en ellas una especie de plebiscito sobre la labor de Rohani. Aupado al poder en 2013, desde entonces se ha convertido en la cara amable de Irán, frente a su antecesor, Ahmadineyad, situado en posiciones extremistas. Enrolado en las filas del reformismo, el presidente ha logrado sacar del ostracismo internacional al país. Su papel decisivo en Irak y en Siria contra el Estado Islámico, la firma del acuerdo nuclear con las grandes potencias mundiales, su participación en la conferencia de paz de Ginebra 3 y la vuelta a los circuitos económicos mundiales han convertido a Teherán en un agente decisivo en Próximo Oriente, con el que no sólo cuenta Rusia o China, sino también la Unión Europea, Estados Unidos o el Vaticano. En estos momentos hay un consenso unánime sobre el rol que Irán está llamado a desempeñar en el corto y medio plazo en la estabilización de la región. Hasta tal punto que las buenas relaciones que mantiene ahora la diplomacia iraní con los que antes eran sus acérrimos enemigos ha descolocado a dos protagonistas indiscutibles en la zona, Arabia Saudí e Israel, paradójicamente situados ahora en el mismo barco. Por tales motivos, si insistimos en dicha índole plebiscitaria, es innegable que la ciudadanía ha apostado por la vía reformista de Rohani.

Con un 60% de la población (80 millones) con menos de 30 años, es irrefutable que el sufragio de los jóvenes ha sido decisivo, apostando por seguir el camino marcado por el gobierno. Al parecer, la mayoría de ellos no busca la confrontación internacional, sino la convivencia con los demás estados. Aspiran a vivir mejor después de tantos lustros de privaciones provocadas por las sanciones y el embargo. De ahí que no sea de extrañar que la economía haya sido uno de los temas estrella de la campaña electoral. La actual apertura al exterior implica nuevas inversiones y, en consecuencia, visitas obligadas de políticos y empresarios a Teherán, sabedores de los millonarios contratos que están en juego. Algo a lo que el propio Rohani no ha sido ajeno con su gira por Italia y Francia. Incluso España se podría beneficiar de una refinería de petróleo iraní en Andalucía.

Todos estos elementos explican el porqué de la importancia de estas votaciones, aun cuando nos estemos refiriendo a un régimen no democrático y los sectores más conservadores sigan teniendo una fuerza enorme. Pese a todo, estos resultados tan favorables a los cambios proporcionan grandes esperanzas para el futuro.

6 de marzo de 2016